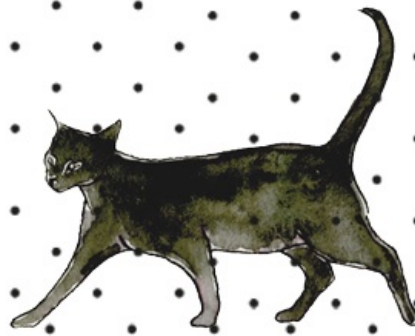


*Tobermory*  
SAKI



**Traducción de Carla Gonzales**

**Tobermory Saki**

**Bajalibros.com**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-596-9

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

#### Sobre la traductora

---

Carla González nació en México en 1982.

Cursó el **Máster en Traducción y mediación intercultural** con especialidad en **Traducción literaria y audiovisual**, en la Universidad Autónoma de Barcelona (2009-2010).

Obtuvo el título de **Ingeniería Industrial y de Sistemas** en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Ciudad de México (2000-2004).

Tiene profundo interés en el desarrollo de actividades relacionadas con el proceso editorial.

Su **objetivo profesional** es el de continuar su carrera en el mundo editorial y ejercer como traductora de textos literarios del inglés y francés al español.

Durante su última **experiencia profesional** en la editorial Ático de los libros (2010)

fue auxiliar en el área de Edición y Prensa, mantuvo contacto con la prensa y

colaboró en la elaboración de los dossiers, localizó canales de distribución para América Latina, desarrolló bases de datos y tradujo textos literarios.

Considerada como una persona creativa y entusiasta, de sólida capacidad analítica y de redacción, muestra amor por la lectura y gran curiosidad intelectual.



Para mayor información sobre la traductora y leer sus recientes traducciones en línea, se invita visitar la siguiente dirección:  
<http://prendercamino.tumblr.com/>

**Tobermory**

Tobermory



Saki

Era una fría y muy lluviosa tarde de finales de agosto, esa indefinida temporada en que las perdices aún están en resguardo o cautiverio y no hay nada que cazar; a menos que se limite al norte con el canal de Bristol, en cuyo caso se podría galopar legalmente en busca de vigorosos ciervos rojos. La casa de campo de lady Blemley no limitaba al norte con el canal de Bristol, de modo que aquella tarde todos sus invitados se encontraban reunidos en torno a la mesa del té. Pese a la inactividad de la temporada y el tedio de la circunstancia, no había rastro en las visitas de ese agobiante desasosiego que implica la aversión de recurrir a la pianola y el apagado anhelo de jugar al *bridge*. La manifiesta y pasmada atención de la entera reunión estaba fija en la desafortunada y llana personalidad del señor Cornelius Appin. De todos los invitados de lady Blemley, era el que había llegado con la más incierta reputación. Alguien había dicho que era "ingenioso", por lo que fue invitado con la moderada expectativa, de parte de su anfitriona, para que por lo menos alguna pizca de ese ingenio contribuyera al entretenimiento general. Hasta la hora del té de aquel día, lady Blemley aún no había conseguido averiguar en qué consistía dicho ingenio, si es que lo tenía. No era talentoso ni un campeón de *croquet*, no era encantador ni un creador de representaciones teatrales para aficionados. Su aspecto tampoco sugería esa clase de hombres a los que las mujeres están dispuestas a perdonar un grado considerable de deficiencia mental. Había quedado reducido a ser simplemente el señor Appin, mientras que el nombre de pila, Cornelius, parecía no ser sino una clara presunción. Encima, ahora afirmaba que había traído al mundo un descubrimiento que, comparado con la invención de la pólvora, la imprenta y la locomotora, resultaban ser insignificancias. La ciencia había dado pasos asombrosos en diversas direcciones durante las últimas décadas; sin embargo, esto parecía pertenecer más al ámbito del milagro que al del logro científico.

—¿Y usted realmente pretende que creamos —decía sir Wilfred—, que ha descubierto la manera de instruir animales en el arte del habla humana, y que nuestro querido Tobermory resultó ser el primer aprendiz con el que lo ha logrado?

—Es un caso en el que he trabajado los últimos diecisiete años —dijo el señor Appin—, pero sólo a lo largo de los últimos ocho o nueve meses he sido recompensado con éxitos fugaces. Desde luego que he experimentado con miles de animales, pero últimamente sólo con gatos, esos seres maravillosos que se han adaptado tan admirablemente a nuestra civilización sin perder por ello su tan desarrollado instinto salvaje. De vez en cuando se puede encontrar entre los gatos una inteligencia superior, tal como sucede entre la masa de seres humanos, y cuando conocí a Tobermory hace una semana me di cuenta de inmediato de que me hallaba ante un "supergato" de extraordinaria inteligencia. Ya había logrado resultados favorables con experimentos recientes, pero con Tobermory, como ustedes lo llaman, he alcanzado la meta.

El señor Appin concluyó su singular declaración en un tono que evitaba incurrir en una inflexión de triunfo. Nadie dijo: "ratas", aunque los labios de Clovis se movieron en una articulación bisilábica que probablemente aludía a esos roedores que denotan incredulidad.

—¿Entonces quiere decir —preguntó la señorita Resker tras una breve pausa—, que le ha enseñado a Tobermory a decir y entender frases simples de una sílaba?

—Mi estimada señorita Resker —dijo pacientemente el taumaturgo—, de esa manera gradual es como se le enseña a niños, a gente poco cultivada y a adultos con retraso mental; una vez resuelto el problema de comenzar desde las bases con un animal de inteligencia altamente desarrollada se puede prescindir de esos métodos tan poco eficientes. Tobermory puede hablar nuestro lenguaje con suma propiedad.

Esta vez, Clovis claramente dijo: "¡Más que ratas!"; sir Wilfrid fue más deferente, aunque igualmente escéptico.

—¿No sería mejor traer al gato y juzgar por nuestra cuenta? —sugirió lady Blemley.

Sir Wilfrid fue en busca del animal, mientras que los demás se disponían a presenciar sin entusiasmo un acto de ventriloquia más o menos aceptable.

Tras un instante, sir Wilfrid regresó a la sala con un semblante pálido pese al bronceado y con los ojos abiertos por el asombro.

—¡No lo puedo creer, es verdad!

La turbación de sir Wilfrid era sin duda alguna genuina, y al escucharlo todos se dejaron llevar por un estremecimiento que despertó el interés.

Al desplomarse en un sillón prosiguió con voz entrecortada.

—Lo encontré dormitando en el salón de fumar, y lo llamé para que viniera por el té. Parpadeó como es su costumbre, y le dije: "Vamos Toby, no nos hagas esperar"; y, ¡no puedo creerlo!, jarrastrando las palabras con un tono natural de lo más escalofriante dijo que vendría

cuando estuviera dispuesto a hacerlo! ¡Por poco me voy de espaldas!

Appin había predicado ante un público totalmente incrédulo; sin embargo, las palabras de sir Wilfrid convencieron al instante. Se originó un agitado coro de exclamaciones propio de la torre de Babel, entre las cuales el científico se sentó en silencio mientras disfrutaba el primer fruto de su estupendo descubrimiento.

En medio del clamor, Tobermory entró a la sala y se abrió paso con un andar aterciopelado y deliberada indiferencia hasta la mesa del té donde estaba sentado el grupo de invitados.

Un repentino silencio de incomodidad e inhibición invadió a la reunión. De algún modo parecía ser una situación embarazosa tener que dirigirse de igual a igual a un gato doméstico cuya capacidad de habla había sido confirmada.

—Tobermory, ¿quieres un poco de leche? —preguntó lady Blemley con una voz más bien forzada.

—No tengo inconveniente —fue la respuesta expresada en un tono desinteresado; un escalofrío de emoción reprimida atravesó a los presentes, y podría perdonarse a Lady Blemley por servir la leche en el plato con un pulso un tanto tembloroso.

—Me temo que he derramado bastante leche —dijo con aires de disculpa.

—Después de todo, no es mi alfombra *Axminster* —fue el comentario de Tobermory.

Un nuevo silencio invadió la reunión, tras el cual la señorita Resker, en su mejor postura condescendiente, preguntó si el lenguaje de los humanos había sido difícil de aprender. Tobermory la miró directamente durante un instante, luego fijó tranquilamente su mirada hacia otro lado. Era evidente que en sus esquemas no había lugar para tales preguntas triviales.

—¿Qué opinas de la inteligencia humana? —preguntó Mavis Pellington titubeante.

—¿De la inteligencia de quién en particular? —inquirió Tobermory con frialdad.

—Pues, de la mía por ejemplo —Mavis respondió con una débil risita.

—Me pone en una situación embarazosa —dijo Tobermory, cuyo tono y actitud ciertamente no mostraban el menor embarazo—. Cuando su nombre figuró en la lista de invitados de esta reunión, sir Wilfrid se quejó de que usted es la mujer más descerebrada que conoce, y que hay una gran diferencia entre la hospitalidad y el cuidado de gente lerda. Lady Blemley contestó que esa falta de cerebro era precisamente la cualidad que le había valido su invitación, ya que usted es la única persona a la que podría suponer lo suficientemente idiota como para comprar su viejo automóvil. Usted sabe, al que llaman “la envidia de Sísifo” porque marcha de maravilla si lo empujan cuesta arriba.

Las objeciones de Lady Blemley habrían sido más convincentes si casualmente esa mañana no le hubiera insinuado a Mavis que dicho automóvil podría ser justo lo que necesitaba tener en su casa de Devonshire.

El comandante Barfield se apresuró a cambiar de tema.

—¿Qué hay de tus aventuras con la gatita tricolor de los establos?

Apenas lo dijo, todos se percataron del disparate.

—Usualmente no se habla de esos temas en público —fue la fría respuesta de Tobermory—. Hasta donde he podido observar su conducta desde que llegó a esta casa, puedo imaginar que usted encontraría inconveniente que yo cambiara el tema de conversación para ventilar sus asuntos privados. Tras estas palabras, el pánico no sólo afectó al comandante.

—¿Te gustaría ir a la cocina para ver si tu cena está lista? —propuso con apuro Lady Blemley, mientras fingía ignorar el hecho de que faltaban por lo menos dos horas para la cena de Tobermory.

—Gracias —dijo Tobermory—, pero no tan pronto después del té. No quiero morir de indigestión.

—Los gatos tienen nueve vidas —señaló sir Wilfrid de manera cordial.

—Puede ser —respondió Tobermory— ; pero sólo tienen un hígado.

—¡Adelaide! —exclamó la señora Cornett—, ¿piensas animar a ese gato a que salga y calumnie contra nosotros con los criados?

El pánico realmente se hizo general. En *Towers*, nombre de la casa de los Blemley, una estrecha balaustrada decorativa atravesaba la mayoría de las ventanas de los dormitorios; se recordó con consternación que era el paseo favorito de Tobermory a todas horas ya que podía acechar las palomas... y quién sabe qué más habría podido observar desde ahí. Si planeaba mostrarse reminiscente en su actual insolente proceder, las consecuencias serían más que desconcertantes. La señora Cornett, que pasaba mucho tiempo frente al tocador, y cuyo cutis



se decía que era como el de un nómada pese al meticuloso arreglo, parecía estar tan angustiada como el comandante. La señorita Scrawen, que se dedicaba a escribir poesía de una sensualidad vehemente y cuya conducta era intachable, tan sólo mostró irritación; después de todo, si en la vida privada se es metódico y decoroso, no es algo que precisamente se quiere que sepan los demás. Bertie van Tahn, tan pervertido a los diecisiete años y que ya no necesitaba esfuerzo alguno para ser aun peor, palideció cual si fuera una gardenia, aunque no cometió el error de salir corriendo de la sala como lo hizo Odo Finsberry, un joven caballero de quien se sabía que estudiaba la carrera eclesiástica y a quien probablemente le afligió la idea de saber los escándalos ajenos. Clovis aparentó mantener la calma; en sus adentros trataba de calcular el tiempo que le tomaría adquirir una caja de ratones selectos a través de la tienda *Exchange and Mart* que le sirviera como soborno.

Aun en una situación delicada como esta, Agnes Resker no podía guardar silencio.

—¿Por qué vine en primer lugar? —preguntó de manera dramática.

Tobermory no desaprovechó la oportunidad para responder de inmediato.

—Por lo que le dijo ayer a la señora Cornett en el campo de *croquet*, usted vino por la comida. Dijo que no conoce a gente más aburrida como los Blemley con quien hospedarse, pero que son lo suficientemente inteligentes como para tener una cocinera de primera categoría; de lo contrario, les sería difícil lograr que los invitados viniesen por segunda vez.

—¡Lo que dice son mentiras! Que la señora Cornett lo confirme... —prorrumpió Agnes perpleja.

—Más tarde la señora Cornett repitió su comentario a Bertie van Tahn — continuó Tobermory —, y dijo que: “Esa mujer es una asidua partidaria de las huelgas de hambre; iría a cualquier parte con tal de hacer cuatro sustanciosas comidas al día”, y Bertie van Tahn dijo que...

Afortunadamente la narración se interrumpió en ese momento. Tobermory había divisado al enorme gato pelirrojo de la rectoría que se abría paso entre los arbustos en dirección al establo; con extraordinaria rapidez se esfumó por la ventana francesa.

Tras la desaparición de su tan brillante aprendiz, Cornelius Appin fue víctima de una serie de severos reproches, impacientes preguntas y temerosas súplicas. En él recaía la responsabilidad de intervenir en el asunto antes de que las circunstancias empeoraran. ¿Tobermory podría enseñarles a otros gatos su peligroso talento? fue la primera pregunta a responder. Era posible, contestó, que Tobermory hubiera iniciado en esta nueva habilidad a su amiga íntima, la gata del establo, pero por ahora era improbable que sus enseñanzas hubiesen ido lejos.

—De ser así —dijo la señora Cornett—, puede que Tobermory sea un gato valioso y una magnífica mascota, pero estoy segura que estarás de acuerdo, Adelaide, que tanto él como la gata del establo tienen que desaparecer cuanto antes.

—No creerás que me ha sido grato este último cuarto de hora —lady Blemley replicó amargamente—. Mi esposo y yo estamos muy encariñados con Tobermory, al menos lo estábamos antes de que lo instruyeran en tan horrible destreza; pero ahora, desde luego, lo único que se puede hacer es matarlo tan pronto como sea posible.

—Podemos poner estricnina en las sobras que siempre le damos de cenar —sugirió sir Wilfrid—, mientras tanto, iré por la gata del establo para ahogarla yo mismo. Al cochero le va a pesar perder su mascota, así que le diré que ambos gatos pescaron un tipo de sarna muy contagiosa y que tememos que se propague en los criaderos.

—¡Pero mi gran descubrimiento! —protestó el señor Appin—; después de todos estos años de investigación y experimentos...

—Puede experimentar con el ganado *shorthorn* de la granja, el cual está bajo debido control —dijo la señora Cornett—, o con los elefantes de los zoológicos. Se dice que son animales muy inteligentes y tienen esa peculiaridad de que no merodean en las habitaciones ni bajo las sillas, ni en ningún otro lugar.

Un arcángel en éxtasis que estuviera por anunciar el milenio, y que luego descubriera que imperdonablemente coincidía con la regata Henley teniendo así que postergar por tiempo indefinido la proclamación, apenas se habría sentido tan abatido como Cornelius Appin ante la acogida de su magnífico descubrimiento. Desde luego, todos estaban en su contra; de hecho, de haberse consultado el tema, es probable que el voto de una fuerte minoría estuviera a favor de incluirlo en la dieta de estricnina.

La falta de preparativos para viajar en tren y un ansioso deseo de ver los hechos consumados privó a los invitados de marcharse inmediatamente; no obstante, la cena de aquella noche no fue una reunión exitosa. Sir Wilfrid había pasado más bien un mal rato con la gata del establo y posteriormente con el cochero. Agnes Resker se limitó a comer con

ostentación un simple pedazo de pan tostado que mordía cual si fuera su enemigo; por su parte, Mavis Pellington guardó un silencio rencoroso a lo largo de la cena. Lady Blemley continuó hablando en su afán por mantener la conversación; sin embargo, su atención se dirigía hacia la entrada. Un plato con sobras de pescado, envenenadas con diligencia, estaba listo sobre una cómoda; pero llegó la hora de los dulces y de la sobremesa y de los postres, y Tobermory no apareció en el comedor ni en la cocina.

La fúnebre cena estuvo animada comparada con la vigilia que después se llevó a cabo en el salón de fumar. Al menos el comer y el beber brindó distracción y encubrió el desasosiego imperante. Ni siquiera se habría pensado jugar al *bridge* ante la tensión general de los nervios y del humor, y tras la lúgubre interpretación que hizo Odo Finisberry de "Melisa en el bosque" para un público indiferente, se evitó la música tácitamente. A las once, los sirvientes se fueron a la cama tras anunciar que la pequeña ventana de la despensa había quedado abierta como de costumbre para Tobermory. Los invitados hojearon la pila de revistas más recientes, y poco a poco recurrieron a las publicaciones de *Badminton Library* así como a volúmenes de tapas gruesas de la revista *Punch*. Lady Blemley fue varias veces a la despensa, pero cada vez regresaba con una expresión desanimada y abatida que se anticipaba a cualquier pregunta.

A las dos de la madrugada, Clovis rompió el silencio reinante.

—No va a aparecer esta noche. Es muy probable que en estos momentos se encuentre en la oficina del periódico local redactando el primer capítulo de sus memorias. El libro de lady Como-se-llame no será tan popular comparado con el de Tobermory; será la sensación del momento.

Una vez contribuido a la alegría general, Clovis se fue a la cama. Entre largos intervalos, cada uno de los invitados siguió su ejemplo.

Cuando los sirvientes llevaron temprano el té a los dormitorios, dieron la misma respuesta a la misma pregunta: Tobermory no había regresado.

El desayuno fue, si cabe decirlo, una reunión más fastidiosa de lo que había sido la cena, pero antes de que concluyera se apaciguó la situación. Trajeron el cuerpo de Tobermory; el jardinero lo acababa de encontrar entre los arbustos. Por las mordeduras en el cuello y el pelaje amarillo que recubría sus garras, era evidente que había sido vencido en una pelea desigual con el gato pelirrojo de la rectoría.

A mediodía, la mayoría de los invitados se había marchado de *Towers*, y después del almuerzo, lady Blemley había recuperado el ánimo suficiente como para escribir una carta sumamente desagradable dirigida a la rectoría con respecto a la pérdida de su preciada mascota.

Tobermory había sido el único aprendiz con el que Appin tuvo éxito, y ahora estaba destinado a no tener sucesor. Algunas semanas después en el zoológico de Dresde, un elefante, que antes no había mostrado señal alguna de irritabilidad, se escapó y mató a un inglés quien presuntamente estaba molestando. El nombre de la víctima se reportó en los periódicos de diversas maneras como Oppin y Eppelin, pero su nombre de pila fue escrito fielmente como Cornelius.

—Si intentaba enseñarle los verbos irregulares en alemán al pobre animal —dijo Clovis— se lo tenía bien merecido.



Hector Hugh Munro,  
mejor conocido como Saki,  
es considerado como un genio del relato corto  
cuyos temas son la sátira social;  
con el estilo ácido y humor negro que lo caracterizan,  
logró retratar a la sociedad victoriana en que vivió.  
La obra de Saki ha influido en el estilo de varios autores  
y se le denomina como uno de los grandes humoristas del siglo XX.  
Borges lo dijo: "Con una suerte de pudor,  
Saki da un tono de trivialidad a relatos  
cuya íntima trama es amarga y cruel.  
Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis  
puede recordar las deliciosas comedias de Wilde."

Traducciones de relatos cortos:



<http://prendercamino.tumblr.com/>